

## INTRODUCCIÓN

Veinte años después de la guerra fría, las democracias occidentales se esfuerzan por controlar la primera crisis auténtica de la globalización. La China comunista, por el contrario, no sólo aguanta el impacto, sino que aprovecha la contracción de demanda externa para poner en marcha reformas sociales y económicas revolucionarias, mayores garantías para los trabajadores y un nuevo sistema monetario internacional, posiblemente basado en la moneda nacional,<sup>1</sup> entre otras.

El norte de la brújula de la estabilidad económica apunta inexorablemente hacia China como consecuencia de una serie de desastres económicos que han reconfigurado el orden macroeconómico mundial. El último de ellos, la crisis del crédito y la recesión, ha catapultado a Pekín al rango de las naciones más poderosas del mundo. Nadie puede negar hoy que el New Deal chino ha sido la tabla de salvación de esta recesión, evitando que ésta degenerase en una nueva versión de la Gran Depresión. Y muchos estamos convencidos de que los cambios en curso acabarán poniendo fin a la primacía económica estadounidense.

Sin embargo, las transformaciones chinas no se limitan al ámbito económico, ya que el crecimiento del PIB chino va de la mano de reformas sociales y políticas impensables en la época maoísta, un extraño maridaje en un país que sigue siendo comunista. De la defensa de los derechos humanos al impulso de las energías renovables, incluso el respeto a las reglas de la Organización Mundial del Comercio y hasta el experimento de la democracia participativa, el país está empeñado en la creación de un nuevo modelo de sociedad. Y aunque de momento la democracia de corte occidental no figure entre las metas establecidas, no es

menos cierto que hace décadas que se guardan decididamente las distancias con el totalitarismo posbélico para mirar exclusivamente al futuro. ¿Puede hablarse de capicomunismo? Éste podría ser, precisamente, el modelo del siglo XXI.

El viajero que va a ciudades como Shanghái o Pekín encuentra allí, sin duda, un anticipo de las metrópolis del mañana. Su dinamismo es una droga que intoxica a todo el mundo, sobre todo a los extranjeros. Miles de jóvenes occidentales hacen de Shanghái su residencia porque intuyen que es la plataforma de lanzamiento del nuevo mundo, y no sólo a través de la Expo de 2010. Quien vive en China desde hace tiempo, es consciente de ello y sabe que se encuentra en el laboratorio del futuro, en la fábrica socioeconómica, y también política, donde se trabaja día y noche para dar forma a la modernidad.

En Occidente, las urbes proyectan una imagen totalmente distinta. En ellas aún no se logra salir del marasmo de lo posmoderno y una sensación de decadencia impregna las instituciones socioeconómicas; la máquina política está oxidada por el tiempo y la intemperie financiera. Somos viejos y esto se lee en la cara de los viajeros pendulares diarios que todas las mañanas, para ir al trabajo, utilizan unos medios de transporte cada vez más atestados y menos eficientes. Somos viejos, nos dicen nuestros jóvenes condenados a la precariedad o al paro. Somos viejos, y la futura riqueza de Europa podría quedar reducida al patrimonio histórico y cultural de un continente convertido en el mayor museo del mundo.

También la economía es vieja y hasta nuestra democracia se resiente de su avanzada edad. Los jóvenes occidentales que encuentran un trabajo cobran salarios bajos respecto al coste de la vida; las discriminaciones que sufren los inmigrantes, que desempeñan los trabajos más serviles, están a la orden del día; y la tomamos con ellos por los errores cometidos por nuestra clase política, una élite que no respeta la voluntad de la población y mira exclusivamente mantenerse en el poder. Y la prensa parece incapaz de ejercer esa libertad que tantas luchas y vidas humanas ha costado.

Una atenta observación nos dice, sin género de dudas, que la senilidad de Occidente arranca de la misma coyuntura que el renacer socioeconómico chino: la caída del Muro de Berlín.

Así pues, ¿quién ha ganado la guerra fría?

## LA VICTORIA PÍRRICA DE OCCIDENTE

Retrocedamos al fatídico año de 1989, marcado por dos acontecimientos en apariencia diametralmente opuestos: la represión de la plaza de Tiananmen y la caída del Muro de Berlín. Son estos dos sucesos los que marcan la pauta del proceso de globalización e influyen sobre las futuras políticas económicas mundiales. La izquierda occidental se rompe en pedazos y el neoliberalismo se impone como único modelo triunfante. En la euforia de la victoria, muy pocos intuyen que la globalización representa para Occidente el final de su primacía económica. Veinte años después, es fácil considerarla una victoria pírrica a la vista de que el efecto de las reformas y reajustes a que han dado origen estos dos acontecimientos es la reconfiguración del mapa geopolítico del planeta con ventaja para la China comunista. Pero hace veinte años la interpretación oficial y las expectativas eran muy distintas.

Occidente aún ve la respuesta armada de Pekín en la plaza de Tiananmen como una represión violenta a la democracia de corte occidental, y la demolición del Muro de Berlín como una señal de su triunfo sobre el mundo comunista. Interpreta el final de la guerra fría como una victoria evidente del sistema democrático y considera que los soviéticos han sido afortunados por abrazar ese sistema y a los chinos desgraciados por haber seguido siendo comunistas. En cierto modo, China acaba sustituyendo así, en el imaginario colectivo occidental, al enemigo soviético: un régimen dictatorial que no respeta los derechos humanos, un país hipócrita que falsea datos económicos y explota perversamente a los trabajadores, una nación que dista mucho de poder aspirar al papel de primera superpotencia del mundo globalizado. Todo ello, na-

turalmente, debido a la ausencia de democracia sin la cual no existe bienestar ni progreso.

Lástima que tal razonamiento descansa en inexactitudes o en auténticas leyendas.

A la luz de los objetivos económicos alcanzados en los últimos veinte años, China ha gestionado el proceso de globalización mejor que las democracias occidentales. Desde aquel lejano 1989, las condiciones medias de vida de los chinos han mejorado radicalmente, mientras que en la Europa del Este y en los territorios de la vecina Unión Soviética, donde ha arraigado la democracia de tipo occidental, la pobreza y el analfabetismo están a la orden del día. Por no hablar de Irak y Afganistán, donde la exportación bélica de la democracia ha desencadenado una guerra civil.

Quienes en aquel lejano 1989 habrían sido «derrotados» en la guerra fría son hoy candidatos al liderazgo de la economía globalizada. ¿Paradoja? No. Más bien error de apreciación producto de la miopía política y de la arrogancia de un Occidente acostumbrado, desde siempre, a ver en cualquier manifestación de disenso procedente del mundo comunista —sistema percibido como anti-tético—, un deseo de imitación de la sociedad que él propugna. Un error que, veinte años después, hay que corregir.

## LOS INOPORTUNOS SIGNIFICADOS DE LA DEMOCRACIA

En Tiananmen, igual que en Berlín, con el grito de «democracia» la gente no pedía un régimen idéntico al nuestro, sino más bien nuestro mismo bienestar. En 1989, los chinos y los habitantes del Este europeo poco sabían de la democracia occidental, de la que sólo tenían una visión romántica, falseada sin duda por la propaganda occidental y por la comunista. Lo que la gente deseaba era la simple mejora de las condiciones económicas que, a la vista de la riqueza del Occidente democrático, confundían con un cambio de régimen político. La idea de que bastaría con abrazar la democracia para ser ricos estaba muy generalizada.

«La gente no sueña con elecciones políticas, sino con la libertad económica», repetía a menudo en 1981 el gobernador del banco nacional de Hungría cuando yo trabajaba a sus órdenes. «En la balanza de los deseos comunistas pesa más la propiedad privada que el derecho al voto.» Y en nombre de estas conquistas el pueblo estaba dispuesto a lo que fuese. En los países socialistas no faltaban tanto las urnas como el incentivo del beneficio, el mismo que Marx define como el fulcro de todo el sistema capitalista y que, como nadie ignora, funciona bien en los regímenes democráticos. Pero ningún estado comunista ha entendido la fuerza y la importancia del mismo, salvo China.

El Muro de Berlín no se desmoronó porque la forma de gobierno que impera en Occidente ganase la guerra fría, sino porque el llamado socialismo real no había entendido la teoría marxista; ésta es una de las desconcertantes verdades que se perfila en los últimos veinte años. El error de los soviéticos fue eliminar de la ecuación económica el beneficio, pensando que bastaría su supresión para dar paso a la dictadura del proletariado, la única parte del análisis marxista que no se apoya en hechos sino en una serie de hipótesis; y es un paradójico error de interpretación, porque el mejor análisis del beneficio capitalista es precisamente el marxista. Quien lo haya estudiado a fondo sabe que Marx jamás habría soñado extirpar el fulcro del sistema de producción y que, al contrario, su objetivo era hacer que la clase trabajadora se lo apropiara y disfrutase de él en proporción a su contribución, en función de la plusvalía.

La teoría marxista es, fundamentalmente, una doctrina económica y no una forma de gobierno. Tergiversado, primero por la ideología política leninista y luego por el estalinismo, y privado del sentido de la proporción por el antagonismo de la guerra fría, el marxismo de la URSS se convirtió en algo muy distinto: en un régimen totalitario. Lo que, a su vez, por un círculo vicioso, se tradujo en sinónimo de comunismo. Su fracaso redujo la parte del mundo que dominaba a un desierto económico donde estaban excluidos el beneficio, la motivación y el crecimiento.

Aunque a veinte años de distancia sigamos celebrando el triunfo del Occidente libre frente al Este totalitario, lo cierto es que el experimento económico soviético se ha hecho pedazos solo. Como veremos, la retórica ideológica de Reagan y de la señora Thatcher, como bisagras fundamentales del neoliberalismo y del andamiaje democrático que Occidente ha construido sobre él, nada tienen que ver con la caída del Muro de Berlín. Es la propaganda occidental la que ha elaborado lo que hoy sigue siendo la opinión predominante: esa ecuación que vincula la desintegración de la URSS al triunfo de la democracia.

Todavía hoy esta certidumbre sigue siendo fuente de tranquilidad política para todos nosotros, haciéndonos creer que «nuestra democracia» es superior al marxismo entendido como sinónimo del totalitarismo soviético, pero también, sobre todo, al modelo del comunismo chino. Mientras, China es la pura evidencia de que no ha sido Marx el expulsado de la historia, y de que, a diferencia de los rusos, los chinos han logrado crear una forma de dictadura del proletariado que funciona y evoluciona. Y que garantiza el progreso y el bienestar mejor que otros sistemas, como lo confirman los sorprendentes datos económicos, como son el aumento de la renta real media per cápita china y un crecimiento del 9 por ciento del PIB en 2009, al contrario que el de las democracias occidentales, que seguía siendo negativo.

La objeción a estos datos recurre a un razonamiento ideológico: China es una dictadura donde no se respetan los derechos humanos. Se trata de una crítica obsoleta aplicable a una nación muy distinta a la actual y, por tanto, una verdad a medias. También en el terreno de los derechos humanos China ha dado pasos de gigante en la trayectoria de respeto al individuo; se halla lejos de la meta, pero no se puede negar que va por buen camino. Occidente, por el contrario, parece ir en sentido contrario por un camino de hipocresía. Somos los incorruptibles valedores de la justicia internacional pese a que exportamos nuestras ideas políticas con los B52 y hacemos a diario negocios con el crimen organizado. ¿Cómo definir la intervención armada en Irak, que, justificada a partir de informaciones falsas, ha causado millares de muertos?

¿O el empleo de la tortura, las *extraordinary renditions* sancionadas por la administración Bush y practicadas también por los ingleses, o lo que ocurre en Guantánamo? Son hechos en clara contradicción con la Declaración Universal de Derechos Humanos y la Convención de Ginebra.

Lamentablemente, los ejemplos de cómo también Occidente infringe los derechos humanos son numerosos y están a la orden del día. Y lo mismo puede decirse de la corrupción y el fraude que abundan por doquier, desde Madoff hasta Wall Street, la CIA, que paga en Afganistán al hermano de Karzai para tener contactos con los señores de la guerra, e incluso Blackstone, la empresa de mercenarios estadounidenses implicada en una serie de casos de corrupción en Irak. Como ancianos que se aferran a sus recuerdos mientras la capacidad de gestionar el presente se les va de las manos, seguimos retrocediendo, perdiendo por el camino valores que habíamos conquistado a lo largo de siglos de lucha social.

Mientras, China avanza y mejora día a día, pero no es democrática según nuestros parámetros. Ése es el problema. Pues bien, esta valoración de la «falta de libertad» política de la población es fruto también de un equívoco conceptual. Para los chinos que en 1989 ocupaban la plaza de Tiananmen, bajo la gigantesca fotografía de Mao, democracia era sinónimo de igualdad económica, es decir, de igualdad de oportunidad de crecimiento, algo que en los últimos veinte años ha obtenido gran parte de la población china.

A diferencia de los camaradas soviéticos, para ellos «democracia» no era una palabra nueva ni un concepto «importado» como las elecciones. Mao la había pronunciado centenares de miles de veces en sus discursos cuando decía que el gobierno existe para promover los intereses del pueblo, contraponiéndolos expresamente a los de los «otros» que lo que hacen es oprimir al pueblo, como fue el caso de los extranjeros que vivieron como colonizadores de China hasta la revolución de 1949. Ahora bien, la idea del Estado «al servicio del pueblo» sigue hoy día profundamente arraigada en la sociedad china. ¿Podemos decir lo mismo de nuestras democracias, sacudidas casi a diario por escándalos políticos?

Hay, además, otro factor clave: el origen de la democracia para los chinos es revolucionaria, no electiva. Zhou Youguang, que con 103 años ha vivido un vasto período de la historia china, recuerda que Zhou Enlai sostenía que el Partido Comunista de China era un partido democrático.<sup>2</sup> En el imaginario colectivo chino no hay nada más democrático que una revolución que derroca a quien gobierna mal; y los parámetros para juzgar el mal gobierno son casi todos económicos.

Hoy, igual que hace veinte años, la democracia vuelve a la esfera del Partido y no existe fuera de él y, desde luego, no forma bloque opositor. En el libro *Out of Mao's Shadow*,<sup>3</sup> que recrea los hechos de Tiananmen en 1989, uno de los participantes en las protestas, el abogado Pu Zhiqiang, describe así las motivaciones de los estudiantes: «Queríamos ayudar al gobierno y al Partido a corregir los errores cometidos». No derribarlo ni sustituirlo por otro sistema político; los estudiantes y trabajadores chinos congregados en la plaza pedían una apertura del régimen que permitiese una mejora de las condiciones de vida. «Democracia» era sólo el nombre de aquella liberalización, un instrumento como garantía de las oportunidades que el pueblo chino esperaba como un derecho.

¿Puede haberse perdido totalmente el significado de la caída del Muro de Berlín y de los hechos de Tiananmen en la traducción política de Oriente a Occidente? Nada más fácil. Soviéticos y chinos esperaban poco o nada de nuestra forma de gobierno, pero del mismo modo nosotros estábamos en la inopia en cuanto al significado que ellos atribuían a la palabra. Para nosotros la democracia es un animal político que se nutre de la alternancia de gobiernos, y si tuviésemos que optar por un término que la definiera, optaríamos por el de «sufragio universal». Pues bien, los chinos optarían por el de «capitalismo».

Aquí conviene volver un paso atrás para recordar que en la cultura política occidental economía y bienestar no tienen nada que ver con el sistema de gobierno. La democracia ateniense, nacida en una sociedad donde la economía la gestionaban los esclavos, pertenecía a los hombres libres que la construyeron en torno



a la libre discusión de valores políticos y filosóficos enormemente alejados de los imperativos del comercio y la agricultura. Y cuando éstos se hacían determinantes al extremo de justificar la agresión bélica, el recurso era la ideología: ejemplo de ello es la colonización de la Magna Grecia presentada como el gesto generoso de Atenas que exporta su modelo de justicia y libertad. Un recurso retórico al que todavía hoy recurrimos.

En nuestro mundo, democracia y bienestar están tan vinculados, que en un sistema sacudido por crisis catastróficas, nadie sueña ya con derribar a la clase política, sino ni siquiera con admitir que forma parte del problema. Todos sabemos que las condiciones de vida en Occidente han empeorado en los últimos veinte años, pero en vez de dirigirnos a los gobernantes exigiendo políticas concretas, les pedimos que compitan en el arte de convencer. No sólo en Europa, sino en Estados Unidos, patria de la democracia, es el libre comercio el que ha generado la riqueza, no el Congreso. Los propios padres fundadores eran profundamente partidarios del liberalismo económico, hablaban de la libertad de mercado y de la no injerencia del Estado.

No es por casualidad que la relación entre el bienestar y la política arraigara en Europa en el imaginario colectivo en los años posteriores a la segunda guerra mundial, cuando el continente se reestructuró con arreglo al modelo democrático y en conjunción con el Plan Marshall, motor del milagro económico. Una vez más, el libre comercio y la reestructuración daban vida al bienestar, pero la lógica de la guerra fría nos hizo creer que el origen del crecimiento económico era la democracia.

Se puede perder fácilmente en la traducción política lo que significa democracia en los dos extremos del planeta: en Occidente es, automáticamente, sinónimo de buen gobierno, pese a que las cosas distan mucho de ser así, mientras que en Oriente el buen gobierno es aquel que crea bienestar, sujeto constantemente a la prueba de los hechos.

## PAREJAS FELICES E INFELICES

En la aldea global la pareja democracia-bienestar no es feliz. Ésta es la gran limitación de lo que Churchill calificaba de «el peor entre todos los demás experimentos históricos». Esta máxima, que podría ser cierta en la Europa sometida a regímenes dictatoriales, configurada por la segunda guerra mundial y después por la guerra fría, suena hoy fuera de lugar precisamente a causa de la economía global y del ascenso de China. En un sistema en que la élite financiera decide los destinos del mundo, repartiéndose la parte del león de la riqueza producida, mientras la política le va a rastras, ¿qué sentido tiene la palabra democracia?

El giro conservador de Europa, la corrupción generalizada y los escándalos en que aparecen implicados nuestros políticos se deben exclusivamente a esto: el anacronismo de la versión actual de nuestra forma de gobierno, que en los últimos veinte años no ha sabido evolucionar, manteniendo esa distancia de seguridad respecto a la economía tan cara a los atenienses y que Platón critica acerbamente en la *República*. Una posición que, desde la caída del Muro de Berlín, se cifra en limitarse a aceptar la teoría neoliberal según la cual el mercado regula la economía mejor que los gobiernos. No es de extrañar que la globalización se haya revelado un triunfo en China, un país donde el Estado sigue dirigiendo la transformación económica, y un fracaso en Occidente, donde se delega la gestión de la economía en un mercado generalmente corruptor. La última crisis del capitalismo global parece decirnos que, al menos en esta fase del proceso, es necesario un Estado vigilante, y la experiencia china demuestra que la economía funciona mejor si la dirección permanece en manos de quien representa lo mejor posible los intereses del pueblo y no los de las élites. La palabra «comunista» no es sinónimo de Politburó, sino de la presencia del Estado en la economía como garante de los intereses de la población.

Lo que para nosotros es un absurdo, es decir el binomio capitalismo-comunismo —o capi-comunismo—, para los chinos es un dato real. Y es una pareja feliz, bendecida por Karl Marx. Los

dirigentes chinos han leído *El capital* y han comprendido que no es más que un análisis sobre el desarrollo del capitalismo. Marx no escribió que había que destruir el sistema de producción para remplazarlo por otro, no predicaba la quema de fábricas para volver a una economía agraria, ni habló de proteccionismo ni de acabar con el comercio internacional, sino que explicó más bien la necesidad histórica de sustituir la dirección mediante la dictadura del proletariado para luego alcanzar la meta de la sociedad sin clases. Ésa es la dirección que sigue China.

En 1989 Deng Xiaopíng intuye las auténticas motivaciones que hay detrás de los hechos de Tiananmen, porque sabe que la población confunde capitalismo con democracia. Su respuesta fue la apertura económica para que el pueblo tuviera acceso al beneficio y se estimulase a la producción. «Enriqueceos» es el mantra que resonó en una China aún conmocionada por la sangrienta represión. Como veremos, a los campesinos que viven con penuria en las áreas rurales se les concedió la propiedad de sus cultivos y el derecho de movilidad; con ello, quienes vivían en el campo podían convertirse en trabajadores migrantes y ganar en pocos años lo necesario para volver al terruño e iniciar una actividad comercial por cuenta propia. Se trata de dinámicas políticas y sociales revolucionarias, puestas ya en marcha a finales de los años setenta —dos escasamente tras la muerte de Mao— para las cuales 1989 representó un paréntesis que duró hasta 1992, cuando se reanudó el experimento con éxito y mayor ímpetu.

La historia nos dice que el capitalismo evoluciona de forma natural hacia la globalización porque el motor del crecimiento es la explotación progresiva de nuevos recursos. También la democracia tiende a globalizarse. Pero las numerosas catástrofes económicas de los últimos siglos nos recuerdan que el binomio capitalismo-democracia no funciona en esta fase de expansión, mientras que el capi-comunismo podría ser más adecuado para explotar tanto las fases de pujanza económica como las de declive en un mundo globalizado.

Tras la crisis del crédito y la recesión subyace, pues, una profunda revolución que comienza a demoler gran parte de los pos-

tulados del pasado, incluida la supremacía social, económica y política de las democracias occidentales: una conmoción histórica que también reconfigura —sobre todo— el concepto de modernidad.

Entonces, ¿ha ganado Marx?

De lo que no hay duda es de que para entender los cambios en curso hay que hacer una relectura de la teoría marxista de Pekín. La vía china resulta, efectivamente, una lente de gran potencia para analizar la sociedad y el capitalismo occidental, y puede servir para ayudarnos a corregir los errores cometidos en nuestra casa en los últimos veinte años.

## PRÓLOGO A ESTA EDICIÓN

Los extraordinarios acontecimientos que han tenido lugar en el norte de África y en Oriente Próximo ¿pueden sentar las bases de la tan necesaria evaluación crítica del sistema económico y político occidental? Por otra parte, ¿puede llevarse a cabo dicho análisis utilizando el modelo asiático de desarrollo, no como una alternativa al paradigma socioeconómico tradicional en Occidente, sino como algo nuevo, diferente y único? Desde el comienzo de la globalización, esta nueva fórmula ha tenido éxito en todos los países en vías de desarrollo que la han adoptado.

Este ejercicio tan poco habitual podría servirnos para comprender nuestros errores, así como para encontrar respuestas razonables a por qué, de repente, nuestro modelo económico parece no sintonizar con el mundo en que vivimos. También podría arrojar algo de luz sobre la complejidad de una economía globalizada. A medida que avanzamos hacia un mundo multipolar, se hace evidente que no existe ningún modelo ideal de desarrollo, que ningún sistema político o económico concreto se ajusta perfectamente a cada país. La complejidad genera exclusividad.

Así pues, la comparación entre el rendimiento económico de dos modelos de desarrollo distintos —el chino y el occidental— es una práctica muy necesaria, una práctica que abre una ventana al nuevo mundo porque nos ofrece un avance del futuro. De hecho, mientras Occidente lucha por recuperarse económicamente y Oriente Próximo arde en llamas —una explosión debida a la injusticia económica y social—, Asia prospera con pujanza. Por primera vez desde hace generaciones, la riqueza está fortaleciendo a la gente: el crecimiento económico produce mejores niveles de vida, nuevas oportunidades comerciales y un grado mayor de

independencia. Sin embargo, parece que sólo algunos nos damos cuenta del lento movimiento hacia el proceso de participación política que impulsa el crecimiento económico asiático; es aún menor el número de personas que se percatan del cambio socioeconómico —conocido como «capitalismo y democracia»— que está teniendo lugar en Asia: un terremoto político causado, no por una revolución, sino más bien por la conservación voluntaria de una forma de gobierno a la que muchos siguen calificando de comunista.

A medida que el virus de la libertad infecta el norte de África dando pie a la desaparición de falsas democracias y regímenes dictatoriales, a medida que las masas intentan destituir a líderes oligárquicos a quienes el Occidente democrático ha respaldado durante décadas, la muy criticada fórmula del autoritarismo oriental, combinada con la libertad económica, se convierte en alternativa a un modelo de desarrollo socioeconómico anticuado. Hagámonos una pregunta fundamental: si yo fuera un egipcio actual, ¿qué sistema económico querría imitar? Confiaría en los líderes y las empresas occidentales que durante décadas han estado haciendo negocios con la élite oligárquica que me oprimió y me robó, o con los políticos y las firmas de países en vías de desarrollo, esto es, con personas que hasta hace pocas décadas eran tan pobres y desvalidas como yo en la actualidad?

A la maquinaria propagandística que ciega al mundo le gustaría hacernos creer que el calvario por el que ha pasado Oriente Próximo no tiene nada que ver con nuestro modelo político y económico, y que nosotros no hemos fomentado los regímenes represivos y dictatoriales disfrazados de libertad económica y democracia. En 2010, la Unión Europea vendió armas, solamente a Gadafi, por un valor de casi 400 millones de euros. Armas que en 2011 utilizó contra su propio pueblo. ¿El precio de nuestra democracia ha sido acaso la defensa de regímenes antidemocráticos en países lejanos, como por ejemplo Arabia Saudí, un régimen represor en el que las mujeres tienen menos derechos que los hombres? Imaginemos las consecuencias de la caída de la Casa de Saud, el segundo productor mundial de petróleo después de Ru-

sia, y el mayor exportador a Occidente. Nuestro bienestar podría desaparecer en un abrir y cerrar de ojos.

La crisis de crédito y la recesión han perfilado la inestabilidad endémica de nuestra economía, poniendo al descubierto sus idiosincrasias y contradicciones. Las sublevaciones árabes bien pueden revelar la fragilidad de nuestras democracias al verse privadas de una infinita fuente de energía barata, proporcionada por una serie de dictadores y oligarcas que también mantienen a flote nuestra boyante industria armamentística. En una sociedad realmente democrática, en un mundo ideal, ¿quién iba a comprar nuestras armas y nuestra protección política?

El mundo está cambiando deprisa, demasiado deprisa para aquellos que se aferran desesperadamente a un pasado ya lejano. Una vez más, en el transcurso de una década, una serie de acontecimientos perfectamente previsibles han cogido a Occidente por sorpresa. Y de nuevo nos sentimos desprotegidos. A medida que llegan a nuestros oídos las atrocidades que los modernos dictadores árabes cometieron contra sus pueblos, a medida que los medios de comunicación revelan la verdadera naturaleza de las democracias norteafricanas y que Gadafi se convierte de nuevo en un loco sediento de sangre, la certidumbre de los occidentales se tambalea. Egipto era una democracia y, sin embargo, estaba gobernada por un dictador; China es un país comunista y, sin embargo, aboga por el capitalismo.

La maquinaria propagandística ocultó la tormenta política que se cernía sobre el norte de África y Oriente Próximo. Al centrarse constantemente en las atrocidades cometidas por China y en su falta de democracia, nuestros líderes y medios de comunicación pasaron por alto el insondable desprecio a los derechos humanos de que hizo gala Mubáarak, la implacable forma de reprimir a la oposición de Gadafi, el expolio de la riqueza tunecina por parte de Ben Ali, y así sucesivamente. La maquinaria propagandística también oculta la verdadera naturaleza del milagro económico chino y las dificultades a que se enfrenta nuestro propio modelo.

El mundo está cambiando deprisa, por lo que debemos abrir bien los ojos si no queremos que nos atropelle. La demografía

está reestructurando Oriente Próximo. Durante las últimas décadas se ha producido un *baby boom* en este desconcertante contexto. Una explosión de jóvenes combinada con la economía, no con el terrorismo islámico, es lo que derribó los implacables regímenes dictatoriales. No se blandieron espadas contra Occidente en Túnez o Egipto, no hubo barbudos predicando la *sharía*, sino sólo jóvenes, armados con iPhones y Blackberries, que desafiaron la propaganda tradicional de los medios de comunicación gracias a Facebook, Youtube y Myspace, obligando a los occidentales a afrontar una realidad nueva y bastante desagradable.

En Asia se está produciendo una revolución diferente, cuya naturaleza y objetivos desconocemos por completo. Miles de millones de asiáticos se están poniendo al día con respecto a nosotros, y pronto serán el motor de grandes cambios económicos y financieros que tendrán un impacto considerable en nuestras vidas cotidianas. Tal vez nunca veamos a los jóvenes chinos desafiando el *status quo*, tal vez esas imágenes nunca lleguen a nuestros televisores, pero nuestro destino está fuertemente entrelazado con el suyo. Y para comprender lo que nos espera a la vuelta de la esquina debemos dejar atrás la propaganda y mirar a China y a Asia en general con humildad y esperanza, no con arrogancia y fanatismo.

Abril de 2011



## Prólogo

### DEPRESIONES EN CURSO

El espectro de la depresión recorre el mundo. Pero sólo parte de él. De Pekín a Ciudad del Cabo, de Singapur a Río de Janeiro, no todo el planeta consume Prozac. En Oriente y por debajo del Ecuador la gente vive más contenta o se contenta; gasta menos, ahorra y disfruta de la vida. La gente deprimida vive en Occidente, donde la incertidumbre del mañana roe y corroe las democracias capitalistas y la crisis económica transforma continentes enteros en lazaretos de angustiados. Las víctimas de esta crisis son, sobre todo, los jóvenes entre 18 y 35 años para quienes el futuro carece de aliciente por una sarta de datos adversos.

En China, por el contrario, vive un pueblo con la tasa más alta de felicidad y no sólo de crecimiento.

¿Por qué el Este y el Oeste del mundo reaccionan de forma distinta ante los problemas de la globalización? La piedra de toque de esta diferencia psicológica y económica reside en las expectativas del futuro y en los condicionantes del pasado. A nosotros, los occidentales, nos vence el derrotismo con demasiada facilidad; estamos anquilosados por recuerdos y entontecidos por sueños de tal forma que somos incapaces de vivir en el presente y, a decir de los psiquiatras, la mejor manera que tenemos de esquivar la realidad es el consumo: la compra como terapia. Los habitantes del sur del planeta no tienen necesidad de esta muleta para llegar al fin de la jornada y viven según el lema *carpe diem*; sus palabras mágicas son «hoy» y «ahora». No sólo los menos ricos son más felices que nosotros, sino que la economía de los países en que viven está en crecimiento, mientras que las nuestras no dejan de contraerse.

Así, recesión y depresión avanzan cogidas de la mano llevándonos al precipicio. Las estadísticas hablan claro: el número de

suicidios está de nuevo en aumento en los países occidentales, donde se había estabilizado desde principios de los años ochenta como secuela de la anterior recesión. Sin embargo, para tranquilizarnos bastaría con tener algo a lo que agarrarnos, una luz de esperanza, un simple dato: el del fin de la crisis, por ejemplo.

Por tanto, hay una relación entre psique y mercado, globalización y angustia. Los estudiosos del psicoanálisis, como el profesor Zygmunt Bauman, describen la naturaleza de esa falta de puntos de apoyo con la que el individuo globalizado se ve obligado a vivir, como «modernidad líquida», un limbo cuyo horizonte es la pura supervivencia y que implica una adaptación a costumbres de grupo y a la atomización del individuo en la multitud. La razón es que tenemos miedo a enfrentarnos con la cotidianeidad.

Da la casualidad de que la «modernidad líquida» es, por otra parte, uno de los pilares del consumismo, un subproducto del mercado de masas, terreno fértil para las campañas publicitarias con que nos bombardean sin cesar las multinacionales. Lo que funciona aquí es también una sólida alianza entre psique y economía que acciona en nuestro interior el resorte adecuado que controla el comportamiento de la masa y que nos impulsa automáticamente a estirar el brazo para coger de la estantería del supermercado un producto concreto y no el de al lado.

Muchos psicoanalistas identifican el consumismo con la causa primaria del malestar que atenaza al planeta: el individuo vive agobiado gestionando la cotidianidad con un consumo que resulta fuente inagotable de estrés. Es sencillamente la pescadilla que se muerde la cola. Estamos atrapados en un mecanismo insufrible: consumimos para evadirnos de la realidad cotidiana estresante, actividad que es a la vez origen constante de estrés. ¿Cuál es la solución? El Prozac.

Desde 1988, año en que Eli Lilly lanzó el Prozac, cuarenta millones de personas lo consumen como antidepresivo. ¿Con qué resultado? Escaso. En un estudio de 2008, publicado en el *Journal of the Public Library of Science* por el profesor Irving Kirsch del Departamento de Psicología de la Universidad de Hull y otros psicólogos americanos y canadienses, se demuestra que los pa-

cientes que toman Prozac no son más felices que aquellos a quienes se les administra un placebo.<sup>1</sup> Y donde el Prozac fracasa, también lo hacen Paxil y Zoloft. La causa del malestar que aflige a Occidente no es del tipo que los antidepresivos puedan curar, sino que se trata del estilo de vida.

Según la OMS, desde principios de los años noventa el número de deprimidos ha aumentado, precisamente en los países cuyo endeudamiento ha adquirido dimensiones astronómicas —las naciones ricas—, y aproximadamente en proporción al incremento medio del peso de la deuda individual. Deprimidos y fracasados se multiplican en el ámbito de la riqueza y de la democracia, empezando por Estados Unidos, el país más rico y democrático del mundo, e invaden las plazas de negocios de la aldea global, mientras a los economistas se les interpela obsesivamente para que digan cómo y cuándo volverán a crecer el PIB y el empleo. Ni el psicoanálisis ni la economía son ciencias exactas ni cuentan con instrumentos que puedan facilitarnos este tipo de certezas.

Hundiéndonos en la crisis hemos aprendido en carne propia que, lejos de ser el motor del crecimiento, nuestro consumo desenfrenado ha provocado la recesión y ha hecho que los individuos —y los bancos— se endeuden para poder vivir por encima de sus posibilidades. Lo cual es un milagro. Hemos confundido líneas de crédito con riqueza, y el mantra que durante los alocados años noventa resonaba en las *business schools* americanas —«valgo lo que el crédito que consigo»— se convirtió en himno de la globalización. Estamos sometidos a un código de comportamiento absurdo que ha acabado por falsear la valoración del riesgo financiero.

Pese a ello, todos los gobiernos nos exhortan a emplear las tarjetas de crédito con la misma alegría que antes de la crisis. El mensaje es, en síntesis, que el consumo es el carburante de nuestra economía sin el cual nunca nos recuperaremos. ¿Es posible que quien debe ayudar a remontar la cuesta nos empuje cada vez más hacia abajo? ¿Paradoja de la economía contemporánea? Eso parece.

Pero existe una diferencia esencial entre la economía y el psicoanálisis. Si este último busca la curación y la prevención de los trastornos de la psique identificando las causas, aquélla parece in-

capaz de impedir las catástrofes financieras que se han producido en los últimos años cada vez con mayor frecuencia. De hecho, la globalización parece ir de la mano de la crisis financiera. ¿Por qué?

A diferencia de la ciencia económica, el estudio de la mente humana va al ritmo de los tiempos y por ello tiene una fortísima carga de modernidad. En los últimos cincuenta años el psicoanálisis ha sometido a una dura crítica la teoría clásica freudiana y nadie se tumba ya en el diván para recordar los traumas y las fantasías sexuales de la infancia, salvo en las películas de Woody Allen. Hoy en día, el abordaje ha dado un giro de trescientos sesenta grados y es el Prozac el que se encarga de la psicoterapia clásica, aunque también, si es preciso, el yoga y los videojuegos.

Mientras los psicoanalistas han evitado, gracias sobre todo a la contribución de Carl Gustav Jung, permanecer presos en la jaula de la teoría freudiana del inconsciente, los economistas siguen anclados en Adam Smith, padre de la doctrina económica clásica, pese a que el modelo que él describió procede de una realidad que ya no existe. Pocos creen hoy en día que del comportamiento egoísta de la multitud se siga el bienestar de las naciones, y difícilmente puede validarse la relación entre las primas millonarias de las altas finanzas y el crecimiento del PIB; sucede más bien lo contrario. Sin embargo, desde 1989 hasta el estallido de la crisis, todas las democracias occidentales y gran parte de los nuevos regímenes democráticos han asumido la ideología del mercado, abrazándola sin reservas y sin que nadie ponga en duda los poderes extraordinarios de su «mano mágica», pese a que creaba grandes desigualdades de renta, injusticia social, abusos y fraudes gigantescos.

Hoy casi todos los políticos nos animan a gastar un dinero que no tenemos, porque para mantener en marcha la economía ninguno de ellos dispone de un modelo alternativo al consumista, ya obsoleto. A raíz de la caída del Muro de Berlín la economía se ha vuelto monotemática y Occidente afronta la mayor revolución económica desde la época de Adam Smith: el proceso de globalización bloqueado por el neoliberalismo.

La «desregulación» financiera, en lugar de hacer esta revolución más flexible y adecuarla a las exigencias de un presente en constante movimiento, ha allanado los abusos en la economía capitalista. Hace veinte años que nadie se preocupa de estudiar o crear un nuevo modelo y nadie critica el existente. ¿Por qué la euforia del triunfo sobre el comunismo cegó a Occidente al extremo de convencerlo de que su defectuoso sistema financiero ya era perfecto? Dado que el neoliberalismo ha ganado la guerra fría, se ha creído que éste era la «solución» válida definitiva, mientras que precisamente en aquel momento, por decirlo a la manera de Fukuyama, la ciencia económica llegaba a su fin y los abusos se multiplicaban.<sup>2</sup>

De ese modo nos hemos mantenido fieles a la teoría económica nacida con la Revolución industrial, prisioneros de un sueño, de un artificio del inconsciente, de una represión psicológica. La economía occidental, igual que la psique, vive encerrada dentro de nuestras expectativas de futuro y en dogmas del pasado. Hace veinte años que la política deflacionista de la Reserva Federal actúa cual Prozac financiero, es decir, que ha conseguido, eliminando los síntomas, que Occidente ignore la crisis económica porque la recesión y la depresión quedaban contrarrestadas con antidepresivos que actúan sobre los síntomas sin eliminar ni curar las causas de la dolencia. Pero ya no funcionan.

¿Cuál es la alternativa? ¿Ha existido un Jung de la economía capaz de demoler los dogmas del liberalismo de Adam Smith sacando a esta ciencia de su encierro?

Sí, ha existido y se llama Karl Marx.

El marxismo, como la teoría de Jung, nace de la observación empírica. Su objeto de estudio es el sistema de producción, el comportamiento de la fuerza de trabajo y el de la concentración de capital en manos de una élite, una degeneración nefasta para la sociedad civil. Marx, igual que Jung, se distancia de la interpretación vigente en su momento y la base de su aproximación crítica es tan similar a la del psiquiatra suizo que podríamos calificarlo de «el Jung de la economía». Sus estudios, totalmente a contracorriente, ofrecen una clave de lectura distinta y de ruptura con la

tradicional; pero al mismo tiempo apuntan a una posibilidad mejor de desarrollo del capitalismo, no a su destrucción.

La modernidad de la psicología reside precisamente en la dicotomía entre sus dos padres fundadores —Freud y Jung—, una tensión que el tiempo no ha paliado. En la ciencia económica, por el contrario, esta dialéctica ha sufrido una deriva histórica. Marx, igual que Adam Smith, forma parte del círculo de los padres fundadores, pero la teoría marxista, catalogada de alternativa radical sin verla como crítica constructiva del modelo capitalista liberal, ha dejado de influir sobre el pensamiento económico occidental.

Por tal motivo, el mundo no cuenta hoy con un economista como John Maynard Keynes, cuyo pensamiento se formó en el seno de una dialéctica vivaz y constructiva. Los intercambios con el marxismo de la Escuela de Cambridge fueron fundamentales en la formulación de la *Teoría general*, obra cumbre keynesiana. Por ello, los acuerdos de Bretton Woods y el sistema económico y monetario, piedra angular del milagro económico posbélico, deben tanto a Marx y a la crítica del capitalismo como a la «mano mágica» de Adam Smith. Pero tras la caída del Muro de Berlín Marx ha quedado barrido junto con el régimen soviético y el socialismo real, y sus libros no hacen más que acumular polvo en las bibliotecas. La dinámica relación que existía entre el liberalismo y el marxismo ha venido a menos y con ella también la modernidad de la economía. Eso explica que en Occidente esta disciplina se haya convertido en monotemática, en marchamo de un modelo único.

Pero en Oriente no.

A partir de 1989 únicamente en China se ha seguido estudiando el marxismo junto al resto de teorías económicas. Pues bien, esta tarea ha desembocado en la creación de un modelo nuevo, moderno, impregnado del más estricto pragmatismo. Igual que el psicoanálisis, el capitalismo *Made in China* utiliza todo cuanto da resultado (desde la empresa privada hasta el control de capitales) y por ello es más flexible y actual que el occidental. El modelo chino sabe adaptar la economía a los cambios temporales y repentinos, como el del proceso de globalización, y esta flexibilidad

ayuda a China a convertirse en la superpotencia de la aldea global y a redefinir los parámetros de la modernidad.

En este libro se explica cómo ha podido suceder que de las desviaciones teóricas del capitalismo occidental haya salido el milagro chino. Es un relato centrado en el prodigioso ascenso de un país que por una ideología desfasada, o por pura ignorancia, seguimos sin entender, un país que suscita temor porque es distinto a nosotros. Al mismo tiempo, avisa del no menos prodigioso crac que le espera a nuestro sistema si seguimos obstinados en aplaudir un modelo económico y político obsoleto. No obstante, existe un remedio para la depresión económica y psicológica que aflige a Occidente, y podría dar resultado. Llamémosle capitalismo chino o medicina china. Consiste simplemente en encontrar la voluntad de adaptarla a la fisiología de nuestras democracias.





PRIMERA PARTE

GLOBALIZACIÓN Y COMUNISMO

